

JORGE ALACID

Las horas muertas

Para mi hijo Jorge

I. Las horas muertas

VIBERTI

Viberti vivía siempre atormentado. Torturado por la compañía de todo cuanto odiaba, se aseguraba de tener presentes las cosas que tanto aborrecía, porque no toleraba que se le pudieran olvidar y porque si mantenía viva la llama de todo aquello que le asqueaba le parecía más sencillo incorporar novedades igual de abominables a medida que la vida avanzaba. La fruta escarchada, el tabaco mentolado. La gente sin sentido del humor, los resabiados. Los pusilánimes, los malquedas, los bienquedas y los contadores de chistes. Los cagaprisas, los que entraban en el cine con la película empezada y los vendedores callejeros de lotería, sobre todo si eran inválidos o mutilados de guerra, que alguno quedaba. Odiaba el hachís, el anís dulce y el olor a faria. Odiaba redactar saludas y dar el pésame. Odiaba que le diera órdenes alguien más torpe que él o menos astuto. Odiaba los intermedios, odiaba esperar y por eso concluía que odiaba tanto su trabajo en el Ayuntamiento, porque consistía en eso.

En esperar.

Esperar a que ocurriera algo.

Pero acababa su jornada laboral, día tras día, de lunes a viernes, y nada. Nunca pasaba nada.

Toda esta acumulación de pensamientos, reflexiones, ideas cruzadas a menudo contradictorias, un estado de ánimo propenso a ponerle de mal humor y conducente al hastío le incordianaban en

cualquier recado fuera del Ayuntamiento, en toda gestión que le encomendara el alcalde, cada paseo ante la ingrata ventanilla de turno o ante todo trance donde le llevaran sus pasos carentes de norte. Viberti se manejaba por la vida sin mapa. En su actual versión tampoco tenía brújula, un objetivo moral que pudiera perseguir y diera sentido a sus días. Se acostumbró a escaparse de la jurisdicción del Ayuntamiento entre semana siempre que podía y se acostumbró también a dedicar la mañana del domingo a volver al periódico en plan semiclandestino, sentarse en una esquina de la redacción aguardando a que llegara Honorio con sus tarteras para compartir el almuerzo y pasar las horas muertas en su compañía, igual de taciturna. Nadie le pidió cuando le echaron que devolviera las llaves y nadie se las pidió tampoco a su antiguo camarada, emperador de la rotativa, así que ambos deambulaban los domingos por ese territorio que un día gobernaron, sabedores de que todos quienes les sobrevivieron conocían ese hábito furtivo que a ellos les devolvía a una especie de hogar, lo más parecido a su auténtico domicilio que jamás tuvieron. Una tarde se lo dijo el mánager, muy ufano, cuando se lo tropezó por la calle: «Ya sé que almuerzas los domingos con Honorio en el periódico. Y sin pedir permiso». Como se encogió de hombros por respuesta, sintió que el mánager se apiadaba de su triste sino y que le dejaba marchar sin pedirle más explicaciones. Era uno de esos sobrentendidos tan propios de la ciudad. Yo sé que tú lo sabes y tú sabes que yo sé que tú lo sabes. Etcétera. Así funcionaba la vida interna de sus convecinos y así se habían entrenado también Viberti y Honorio durante demasiados años, frecuentando la manía de fingir como fingían quienes les rodeaban. Se habían habituado a esperar. Esperar a que pasara algo.

Honorio acostumbraba a traer en una fiambarrera metálica unos manjares que le cocinaban en la bodeguita donde comía desde que se jubiló. Era una clase de cocina que a Viberti no le decía nada, pero que a Honorio le cautivaba, aunque sin que jamás hiciera alarde de su entusiasmo según el código que denotaba la clase de español

contenido que era. Para adivinar que disfrutaba era preciso conocer de antemano su tendencia al silencio, un silencio infinito y abismal, que sin embargo rompía mientras disfrutaba del almuerzo. Entre la seca palabrería que en aquellos momentos le asaltaba, antes de meterse de nuevo dentro del caparazón del silencioso Honorio de siempre, detectaba Viberti que en ese tipo de cocina ya un poco superada por el paso del tiempo encontraba su compañero de cuitas uno de los raros alicientes de su vida. Pronto sospechó que para Honorio aquellos almuerzos de los domingos eran su momento cumbre semanal y los saboreaba con un placer exagerado, como paladeaba con entusiasmo, y tal vez con un asomo de gula, las cazuelas de ancas de rana, cangrejos con tomate o pajarillos en su salsa que solían componer su menú. Viberti apenas probaba un par de tajadas por hacerle aprecio, cosa que a Honorio le daba igual. Mantenía oculto en un rincón de la rotativa, desde su tiempo en ejercicio como mandamás máximo del servicio de impresión, un porrón que rellenaba de vino con gaseosa para acompañar la ingesta de viandas, elixir al que Viberti sí que no le hacía ascos, y así consumían la mañana. Comiendo y bebiendo en silencio Viberti, más parlanchín que de costumbre Honorio, en su sola compañía. La plantilla que se ocupaba de tirar la *Hoja del Lunes* llegaba pasada la hora de comer y hasta entonces ellos tenían tiempo de ponerse mutuamente al día de sus sombrías y tristes novedades.

—Ahora pesco, Viberti.

—¿No pescabas ya antes? Te regalamos una caña cuando te jubilaste.

—No sé de quién fue la idea, pero yo no había pescado en mi vida. No sabía ni coger la caña.

—La idea fue mía, Honorio. No sé, se me ocurrió que te pegaba mucho lo de pescar. ¿No hay que estar callado y quieto durante horas? Según recuerdo, era tu especialidad.

—Pues acertaste. Eres un visionario.

—Sí, un profeta. Para los demás, pero no para mí.

—Esos son los mejores. Si fueras un profeta de verdad, te habría tocado ya una de catorce y colorín colorado.

Sus charlas apenas rozaban su yo más íntimo. Viberti lo prefería así. Le gustaba pensar que la vertiente más personal de Honorio permanecía a salvo porque en justa correspondencia también él mantenía indemne la parte de su actual desempeño que no terminaba de convencerle. A veces sentía incluso que se avergonzaba de su ocupación al servicio de Verdú y ese era un flanco débil que no tenía ningún interés en que despertara la atención de nadie, incluido Honorio. También se confesaba que era tan evidente que no estaba a gusto ni consigo mismo ni con cuanto le rodeaba, que por fuerza cualquiera se podía dar cuenta de su desasosiego, y que Honorio, haciéndose el longuis con el tipo de disimulo que dedicamos a no dañar a nuestros seres queridos, le distinguía con una frialdad en el trato que ocultaba las ganas de preguntarle qué le pasaba. Como si midiera el terreno antes de lanzar un golpe que jamás llegó a propinarle. Seguía sin parar de hablar mientras se zampaba sus tarteritas y le daba al porrón y le contaba a Viberti los pormenores de la pesca con lombriz sabiendo que no le interesaban nada y más bien le aburrían. Y de repente, según el protocolo que Viberti instauró cuando acordaron su primera cita, retiraba el almuerzo, sacaba un par de caliqueños que fumaban en silencio hasta que se convertían en cenizas y sonaba la hora de despedirse. Cada cual se iba por su sitio, hasta el domingo siguiente. A veces jugaban a los dados.

A Honorio le resultó por lo tanto muy extraño que aquel domingo Viberti se ofreciera a acompañarle de vuelta a casa. Vivía cerca del Paraíso, donde tantas mañanas desayunaron juntos cuando el periódico del día ya era historia y ambos empezaban a pensar en el del día siguiente. Viberti, preguntando con qué material rellenaría todas esas páginas que siempre le parecían demasiadas a esa hora e insuficientes por la tarde; Honorio, anotando en su libretita los fallos de impresión que hubiera detectado para reñir a quien correspondiera y enviar al mánager sus estadillos diarios, donde informaba de cues-

tiones que solo a él le preocupaban. Cuando cruzaron delante de la puerta cerrada del bar, Viberti se permitió curiosear un poco por la ventana, aprovechando que el viento había movido las contraventanas y algo del interior se podía ver. Hizo visera con las manos para fisgar, un gesto que imitó Honorio, con el mismo éxito: ninguno.

—Me ha parecido que está todo tal cual, ¿no? —le preguntó a Viberti.

—Tal cual lo dejó Deusto —le contestó—. Como si hubiera salido huyendo.

—¿No es lo que hacemos todos, Viberti?

Viberti no le contestó. Deusto, a quien veía de vez en cuando callejeando sin rumbo fijo por las calles más umbrías de la ciudad vieja, le participó una mañana que su manía de ir a almorzar los domingos a su viejo periódico con Honorio era la comidilla del vecindario. A Viberti le dio lo mismo. Le hubiera gustado que le aguijoneara algo parecido a la mala conciencia o cierta sensación del ridículo que pudiera estar haciendo a los ojos de los demás, pero nada. Inmune como solía a las habladurías, sí que se conmovió sin embargo cuando Deusto le contó que le recordaba a un antiguo cliente de las chicas del piso de arriba del bar.

—Se arruinó de mala manera y como no tenía ni un duro, la madama le dejaba que siguiera visitando a sus pupilas, aunque solo le permitía ver. Ver pero no tocar.

—¿Y eso cómo se hace?

—Le abría la habitación de al lado donde hubiera jarana y él miraba por el ojo de la cerradura o qué sé yo. El caso es que tú veías a aquel hombre salir del piso de arriba tan pimpante, pero la sonrisa le duraba un segundo. Para cuando ponía el pie en la calle, ya era el hombre más triste del mundo.

—Será con mi permiso. A triste no me gana nadie.

A Deusto esa ocurrencia de Viberti le arrancó una risa fugaz, que cesó pronto. Cada vez que se volvían a ver le parecía que tanta ironía autoinfligida era el parapeto de Viberti. Una manera de reac-

cionar a la defensiva, porque tal vez se había reconocido demasiado bien en la anécdota de aquel rijoso pobre diablo. ¿A qué iba en realidad los domingos al periódico? Era la misma pregunta que se hacía Viberti y que un día trasladó a Honorio, quien pareció reparar en ese momento, por primera vez, en lo anómalo de su hábito. Viberti concluyó que los solitarios contumaces como Honorio no se hacían demasiadas preguntas, como si estuvieran tan a gusto con sus rarezas que ya habían dejado de darse cuenta de que lo eran. Pero también pensó que él todavía no había llegado a ese punto y que se debía mantener alerta para descubrir si sus peculiaridades conducían a la locura, un extremo que no descartaba, o simplemente servían solo para abonar la fama que le caracterizaba. El príncipe local de las excentricidades, más peculiar incluso desde que abandonó el periódico y se hizo familiar su figura errabunda vagando por los cuatro puntos cardinales, dando a veces vueltas sin sentido al edificio del Ayuntamiento como si temiera entrar por miedo a ser devorado por un monstruo con el que se resistía a intimar.

De aquellos primeros días a las órdenes del alcalde databa el nuevo vicio que había hecho suyo y que consistía en dejarse ir. Desertar de su antiguo papel como agente activo de la actualidad y disfrazarse de su opuesto, un sujeto pasivo de la historia cuya principal misión era aguardar a que se detonaran los acontecimientos y luego ir detrás de ellos si tales eran las órdenes de Verdú. Aceptar que ese era su papel en esa mala hora transformó a Viberti. Supuso que le hacía peor persona y además inútil para los objetivos municipales. Y como había leído algo sobre la enfermedad que empezaba a ponerse de moda, la depresión, imaginó que ese mal le aquejaba a él pero que, a diferencia de las damas de la alta sociedad que también lo sufrían, no podía abandonarse a ninguna de sus curas, con la preceptiva receta o sin ella. Medicarse no le daba la gana. Y para dedicarse al adulterio, que era el otro remedio común muy en boga entre los de su condición depresiva, antes debería casarse. Y no era el caso. La cura para su mal consistía en resignarse, igual que le ocurría traba-

jando en el periódico. Pero era una resignación distinta. Ahora tenía que estar conforme y además inmóvil. Esperando.

Empezó a sospechar que ese era su destino, esperar, desde la primera mañana en que tomó posesión de su despacho en el ayuntamiento y ya desertó de la oficinita gris que le tenían preparada, mal ventilada y carente de misterio, cuya única ventaja residía en situarse cerca de la zona de alcaldía, la jurisdicción donde se supone que debía permanecer vigilante y al servicio de Verdú, el nuevo alcalde. Como el perro vagabundo que había sido, y siempre sería, prefirió dedicar su estreno a olisquear por los rincones del edificio, un palacete venido a menos donde ya no cabían los funcionarios, alojados en inmuebles vecinos para favorecer el tránsito interno y perfeccionar las dotes para el escaqueo que adornaban a los más veteranos y jetas. Viberti se tomó esa primera mañana su tiempo. Se dio un garbeo por la cafetería, conoció por su nombre a la plantilla de camareros y fue circulando desde el ala que ocupaba la policía local, dirigida por un señor gordito con pinta de pelota a quien cogió antipatía para siempre, hasta la zona de pagos de aguas, alcantarillado, basuras y demás tasas municipales, para ver si tropezaba con alguna cara conocida entre el funcionariado que le ayudara en su propósito, mientras acertaba a identificar cuál era ese propósito. Peregrinó por Tesorería, Urbanismo y el resto de ramas del árbol jerárquico organizado alrededor de alcaldía y acabó confraternizando con la tropa de bedeles agrupada en una especie de rebotica que tenían en la planta baja, junto a la puerta, donde con un infiernillo se calentaban un sucio café de puchero regado con algún golpe de coñá, néctar al que se abandonó también desde esa primera mañana. Refugiado en aquel escondite, donde se podía ver, sin ser visto, quién entraba y quién salía gracias a un ventanuco que daba a la calle Mayor, Viberti reparó en las idas y venidas de un curioso hombrequito a quien no conocía de nada, una proeza singular para quien alardeaba desde su antiguo puesto al frente del diario local de que nada en la ciudad le era ajeno.

Un ordenanza que se le presentó cuadrándose al estilo militar con alguna guasa («Me llamo Probo, a sus órdenes») le explicó que aquel enanito con aspecto de duende correteaba por el ayuntamiento como si fuera su casa, con especial predilección por el despacho alojado justo encima de la madriguera donde ahora desayunaban aquel matarratas: el despacho del jefe de Urbanismo, leyenda entre las leyendas del Ayuntamiento. El arquitecto Irizar. Viberti tampoco tenía el gusto, aunque sabía quién era Irizar, igual que Irizar sabía quién era él, pero ambos se trataban con la misma dosis de indiferencia postiza, la propia de quienes ocupan un puesto de relieve en el escalafón del humilde *Gotha* local y les repugna tener que compartir trono con algún advenedizo. La fama de Irizar como rompecorazones le precedía, igual que su inconfundible pinta, que a Viberti le hacía alguna gracia, como su apodo. Media ciudad le llamaba el Botines, porque usaba esa clase de calzado, en dos colores además. La otra media también le dedicaba la atención que merecía su estampa tan particular. Lucía una abundante caballera, tendente a dejarse crecer la melenilla al estilo del Príncipe Valiente, de un incierto color que propendía a pelirrojo, y llamaba también la atención por su compacta apostura de barrilete, más ancho casi que largo, un atributo que exageraba por su manía de caminar con la cabeza un palmo por delante del resto del cuerpo, como si fuera un cabestro guiando a una invisible manada de congéneres. Irizar mantenía también abierto su despacho privado como arquitecto, donde tenía colocado a un hombre de paja que se limitaba a administrar los encargos que le llegaban de su jefe como gran patrón del urbanismo local, visitaba las obras por él y se reunía con los clientes que sabían de antemano que el auténtico jefazo era Irizar y que ellos lo habían elegido para sus encargos precisamente por esa razón, porque simultaneaba sin disimulo su faceta pública con la privada y su firma por persona interpuesta al pie de cualquier proyecto individual era garantía de que pasaría el filtro municipal sin

necesidad de acudir a otras mordidas igual de pautadas en aquella ciudad que se resistía a dejar de dormir la siesta.

Irizar iba muy poco por su despacho privado y casi nada por el público, lo cual se convirtió en la principal ventaja para que Viberti se hiciera con su fortaleza con vistas al vestíbulo central, a través de una claraboya de cristal biselado que permanecía medio abierta, dificultando la visión desde abajo pero ofreciendo información suficiente a quien se pasara como Viberti en la vacía butaca de Irizar las horas muertas, la odiosa expresión que utilizó Probo cuando le enseñó la estancia: «En esta casa se pasa uno las horas muertas», le informó. Y se permitió su primera humorada, un leve raptó de ingenio. «Si usted se fija bien, señor Viberti, eso es un contrasentido. Las horas ya están muertas antes de haber nacido. Llegas un segundo y muere, ya es pasado. Curioso, ¿no?». Viberti le contestó primero con un silencio y luego con la frase que Probo nunca olvidaría, las palabras que recién pronunciadas le intrigaron tanto que tuvo que correr a compartirlas con los demás ordenanzas. De espaldas a él, de pie ante la butaca, mirando por el ojo de buey, le escuchó decir: «Hogar, dulce hogar».

Un hogar provisional donde se instaló temiendo el día que acabó llegando, cuando por fin Irizar apareció por su despacho, comprobó que Viberti dormía la siesta del carnero en el sillón que fue suyo y curioseó entre sus viejos bártulos haciendo un ruido exagerado que consiguió despertar del sueño a su ocupante furtivo. Viberti no pestañeó. Aguantó la mirada mineral con que Irizar calibraba la envergadura de su osadía, se incorporó de la butaca con la parsimonia de un yogui y le tendió la mano, un poco para desconcertarle y otro poco con la intención de medir a su vez la dimensión del posible enfado del auténtico inquilino de aquella estancia donde se había enseñoreado. Irizar le aceptó el saludo, estrechó con brío la mano sin dejar de mirarle a los ojos y señaló con el mentón hacia el mueble bar, donde se alojaba una pareja de licoreras. Bebieron en silencio mientras el arquitecto auscultaba su despacho como si lo

viera por primera vez o como si lo revisara, por si echaba algo en falta; Viberti le vigilaba de soslayo, mirando por el ojo de buey hacia el vestíbulo gobernado por Probo. El silencio se espesó y luego se disolvió, como ocurre cuando los cielos presagian tormenta y se acaban conformando con derramar cuatro gotas. Irizar se sirvió él mismo el segundo trago y se dispuso a salir, conforme con la invasión de que era víctima una vez que la había visto por sus propios ojos y no por los chismes que le participaban los chivatos de guardia que se aburrían entre las cuatro paredes del ayuntamiento y se entretenían dando el parte entre susurros. Antes de marcharse, señaló de nuevo con el mentón hacia un carrillón varado:

—Daba las horas en punto hasta ahora, que yo sepa.

—Probo le ha quitado el engranaje. Le dije que era un martirio escuchar tanto tictac. Pero lo vuelve a poner a funcionar en cuanto se lo ordene, si tú quieres.

Irizar aceptó el tuteo y la respuesta. Se tomó su tiempo antes de despedirse desde la puerta, dejando a Viberti de nuevo con la sensación de que proseguía con su inventario mental. Viberti acertaba, más o menos.

—Me estoy fijando en que está todo como lo recordaba. Vaya, que no has quitado nada.

—Me gustaba tal cual. Y me hubiera parecido el colmo del intrusismo mover tus cosas. Tampoco paro por aquí tanto tiempo. Si no te importa, lo seguiré tomando prestado. Prometo no tocar nada.

—Me da lo mismo. Yo paro menos todavía por aquí, como seguro que sabes. Pero les tengo cariño a estos cachivaches. Y no son míos. Son del Ayuntamiento. Quincalla que me traigo cuando van a derribar un edificio que ha pasado a ser propiedad municipal porque nadie le da valor y resulta que lo tiene. Cuando se compra una casa a costa del erario público, toda esa casa y también lo que contiene pasa a ser pública, ¿no te parece?

Viberti no tuvo tiempo de contestar porque Irizar había cogido carrerilla y no paraba de explicarle la procedencia de cada una

de aquellas cosas. Un llamador en forma de puño, un pequeño alambique, un perchero de nogal. Lienzos de dudoso gusto, esculturas infames que habrían decorado los hogares patricios de la ciudad venidos a menos, un paragüero con un par de bastones. Incluso un samovar. A Irizar le encandilaba repasar la vista y la memoria por aquellas ruinas muebles mientras contaba su historia, de qué demolido edificio llegaron hasta el ayuntamiento, quiénes eran sus antiguos dueños o qué atributo sentimental les unía con la ciudad o consigo. Mientras hablaba caminaba por la breve estancia a pasitos muy quedos, como si temiera romper algo. También acariciaba el lomo a su colección de objetos. Acabó acercándose a los dominios de Viberti, su atalaya magnífica, su puesto de guardia bohemia con vistas al ombligo del edificio consistorial, por donde zigzagueaba aquel peculiar personaje con aire de gnomio que le llamó la atención desde el primer día.

—¿Conoces a ese tipo? Lo veo todos los días por aquí, a todas horas.

—Claro que lo conozco. Es mi suegro. Mejor dicho, mi antiguo suegro. Se llama Goñi.

EL ALCALDE

Honorio había elegido pasar las mañanas entre semana pescando en un rincón del río donde, como Viberti en su guarida municipal, pudiera ver sin ser visto. O no demasiado visto. Alguna vez se dejaba caer por sus dominios alguna parejita, que se solía alejar en cuanto topaba con su silueta, aunque también las había más osadas, o más necesitadas, que se sobaban ajenas a su presencia o incluso iban más lejos, según deducía Honorio de los jadeos, gemidos y demás rituales de rigor en semejantes casos. Había también algún paseante extraído del catálogo de raros de la ciudad, que recorría la orilla sur del río buscando nidos, cazando ranas o haciéndose un herbolario, e incluso era posible ver en acción al célebre acuarelista local, el artista Valderrama, de quien se contaba la anécdota de que el día en que murió Picasso se presentó muy ufano en el Museo Provincial para compartir su alegría y cuando un bedel le preguntó a santo de qué tanto entusiasmo, pronunció la frase por la que pasó a la fúnebre posteridad de la ciudad: «Es que ha corrido la lista».

A todos, Valderrama incluido, les regalaba Honorio una generosa ración de indiferencia y todos le respondían con el mismo trato, salvo los mirones de rigor que se apostaban a su vera y le saludaban preguntándole si picaban. Honorio, en esos casos, les daba la espalda y lanzaba la caña aún más lejos, en un silencio que solo rompía Viberti durante las visitas con que empezó a obsequiarle coincidiendo con la inauguración de su otro ritual, los almuerzos dominicales. De lunes a sábado se acostumbraron a compartir sus respectivas ganas de quedarse mudos, embobados en la contemplación extática de las aguas embarradas del río, un lento caudal de donde apenas se podía extraer algún barbo de calidad ínfima. Cuando semejante prodigio ocurría, Honorio cumplía con un ceremonial muy particular: lo mantenía vivo en un cestaño relleno con agua hasta que llegaba la hora de marcharse y lo devolvía al río, no sin antes quedarse mirando muy fijo sus ojos como si quisiera

reconocer en ellos la mirada de un semejante, igual de asombrado que él por la velocidad con que cambiaba el mundo a su alrededor. Viberti asistía a esa liturgia completamente mudo, porque eran raras las veces en que se animaba a la confidencia, hábito que tampoco Honorio frecuentaba. Sus escapadas a la orilla del río no tenían otro objeto que escaquearse, ponerse a salvo de las majaderías que perpetrase el alcalde y asomar su mirada a ese pozo oscuro, de un marrón tirando a ocre, que era el río, con la delirante ambición de que sus aguas, que avanzaban a menudo con la lentitud de una lengua de glaciar, le ayudaran a descifrar dónde estaba y qué había sido de su antiguo yo. Y de paso, en las contadas veces en que hilaba la hebra con Honorio, para que le pusiera al día de qué se cocía por la ciudad. «Y pensar que cuando me bañaba de chaval en este río hasta veía el fondo y mira ahora el asco que da», solía suspirar Honorio. Era una frase mil veces repetida. Una consigna. La señal de que estaba predispuesto para la tertulia.

—¿Conoces a Irizar?

—Poco, pero suficiente.

—¿Y?

—Buen tipo. Extraño, pero decente. Una rareza en esta ciudad. Por la decencia, quiero decir.

—¿Y a Goñi?

—Menos, pero también. Un caballero muy divertido. Lo veo y me pongo de buen humor. Mira, ha picado un barbo.

Honorio ejecutaba entonces la misma liturgia. Invitaba a una ronda de su petaca a Viberti («Un trago por cada pez», le tenía avisado) y le ponía más o menos al tanto de las idas y venidas de sus convecinos, con la particularidad de que tocaba de oído y su información nunca era de tanta calidad como la que atesoraba por ejemplo Canario en su barbería, el antiguo suministrador de soplos durante sus días como periodista, a quien tanto debía. A Honorio, las vicisitudes de sus semejantes le dejaban más bien frío, aunque de algo se enteraba porque había nacido en esa ciudad demasia-